

“TENÍA FRIO Y LA LLAME”

Lic. Gabriela Brudnick

Resumen

Una situación violenta, de violencia. Una madre y su hija.

El presente trabajo propone distinguir las nociones de relación y vínculo. Vínculo no es homologable a relación dado que refiere a una ligazón entre los yoes y posee característica de configuración. Los vínculos son intangibles e irrepresentables; cuando los mismos revisten carácter violento, se determinan y construyen a partir de un sujeto que ejerce un poder indiscriminado sobre otro sujeto que es tomado como objeto. El violentado es reducido y desconocido por el violentador. Para concluir se alude al pensamiento nómada como modo de pensar imprescindible a la hora de habitar las arenas movedizas que la realidad vincular nos impone.

Descriptores: Vínculo. Violencia Poder. Pensamiento

El presente escrito se desprende de un trabajo presentado en las Jornadas organizadas por la AAPPG en el año 2015.

Viñetas de material clínico

Ana, veintidós años.

“Mi papa tiene un humor ácido y en las reuniones familiares y de amigos hacia comentarios del tipo tener hijos es lo peor”. Cuenta que desde que se separaron sus padres, cuando ella tenía seis años, el padre eligió vivir en una pensión. Al preguntarle porque el papá vivía en una pensión, me responde que por comodidad y agrega que de ese modo ni ella ni el hermano tendrían lugar (físico) para quedarse a dormir.

¿Qué vivencias, recuerdos tenes en compañía de tu padre?

Solo una vez me buscó por la escuela...no siempre estaba en mis cumpleaños porque cae en la misma fecha de la fiesta de la cerveza”, a la que iba todos los años.

“Mis padres nunca peleaban delante nuestro”.

Llega a la quinta sesión y apenas se acomoda en el sillón me dice en tono de sentencia: “Si no apruebo el final de biología dejo la carrera”. Acto seguido me cuenta que había tenido una discusión con su madre un rato antes de venir a la sesión. Explica que para tener más

tiempo para estudiar, se había pedido un día en el trabajo. Al momento de comentarlo a su madre, la misma la increpa y le dice: “No entiendo como no puedes organizarte mejor... “Yo podía con todo cuando tenía tu edad y vos no puedes”.

Le pregunto si era frecuente que tuviesen esa clase de discusiones, entredichos con su madre. La pregunta provoca una modificación casi automática del clima de la sesión, algo impensado, no esperado (para ambas) sobreviene. Mi pregunta la interfiere, y la lleva a evocar el siguiente episodio:

“Yo era una buena alumna y una hija que no traía problemas hasta que en quinto año del secundario me lleve dos materias a Marzo.”

Ella decide no decirlo pero, de todos modos, su mamá se entera.

Al tomar conocimiento, la madre de Ana se desborda, queda tomada, sujeta por la ira.

Decide encerrarla en su habitación, sacarle el celular, la televisión, computadora...solo le permitía atravesar la puerta para tomar el plato de comida e ir al baño. Ana se encontraba aislada, encarcelada en su propia casa.

Pasadas dos semanas, en un momento que la madre sale a hacer unas compras, Ana decide escapar, se las ingenia para forzar la cerradura y huye.

A partir de ahí deambula de casa en casa de amigas hasta que, luego de varias semanas, acaba en la calle.

Me cuenta con una sonrisa en su rostro que, como trabajaba en un local de comida rápida, al concluir su jornada laboral podía quedarse allí. Y una vez que el local cerraba sus puertas, salía a la vereda y pasaba la noche con personas en situación de calle que iban a buscar la comida que sobraba.

En esos días comenzaba el clima frío y ella solo se había quedado con su uniforme de trabajo, una camisa liviana y un pantalón, no tenía nada de abrigo y ya iba por el sexto día “viviendo” en esas condiciones; sin abrigo, sin una ducha caliente.

Y cuando el frío se hizo insostenible llamo a su mamá... **“Tenía frío y la llamé”**

En el modo que Ana narra su vivencia puede observarse una marcada dificultad en hacer corresponder las palabras a la emoción, algo que opera como una defensa eficaz ante representaciones dolorosas para el psiquismo.

Habla de lo que le pasó como si estuviese contando una película que fue a ver al cine, quedando por fuera, sin dar cuenta de su participación.

Algo de la justificación aparece, alude a su rebeldía como si el castigo del que fue víctima hubiese sido merecido.

Porque tuvo la sensación de frío pudo acercarse, se animó a pedir que la cuiden, que la abriguen, que la alojen. Ana estaba reclamando amor.

Lo único que pudo decodificar en aquel momento, y que le permitió accionar, para salir de la situación de desamparo fue una sensación corporal... "siento luego existo".

“Es la primera vez que lloro al contarlo”

Siguiendo las conceptualizaciones de David Nasio puede inferirse que al evocar la escena traumática, el paciente se encuentra actuando, haciendo lo que en aquel momento no pudo...llorar, sentir, poder angustiarse, y que esta angustia sirva para integrar lo fragmentado, quebrado. Hay un no saber que emana e inunda el espacio, un no saber sobre su padecimiento, porque la violencia de lo vivido, la violación a su ser, a su cualidad de persona distinta fueron arrasados.

Algo que no se explica con el término represión, lo que ocurrió en aquel momento excedió, rebalsó a su yo.

La violencia causa dolor, el cual, a diferencia de la angustia, se caracteriza por ser súbito, repentino.

Desde el diccionario el vocablo Violencia es definido como una irrupción sin permiso. Siguiendo dicha definición se puede afirmar que algo arrasa, quiebra los lazos, algo excede y se excede. Cuando la paciente se ve en la situación de desamparo, abandono, su subjetividad queda en jaque.

“Yo podía y vos no”

Janine Puget sostiene que “se confunde tener razones con tener razón” y eso obstaculiza el interesarse realmente por lo que le pasa”(a su hija).

¿Tiene alguna utilidad tener razón? Si afirma Puget, sirve para confirmarse en el sí mismo.

¿Entenderse es pensar lo mismo? ¿Compartir códigos afines previene del conflicto que desata el acto violento? ¿Los códigos comunes son garantes de vínculo?

En tanto Ana como hija comienza a hacer intentos por diferenciarse y dejar de ser la hija perfecta, los pactos se quiebran, se desorganizan; algo del debes ser como yo digo, quiero y espero se ve afectado... y al no poder ser tolerable para su madre entonces opera la sanción; es excluida y castigada. Una madre que comete un exceso, un abuso emocional, algo que sucede cuando se hiere y no se puede pedir disculpas.

Ana siempre tuvo que cumplir, obedecer sin cuestionar, complacer... hasta que un día hizo “las cosas mal”, no cumplió con las expectativas que estaban puestas en ella. Una madre

frustrada por una hija que no logra lo que ella espera; madre con serias limitaciones y absolutamente imposibilitada en dar cuenta que la hija no es "SU" hija, no es propiedad ni objeto, es un ser diferente que forma parte de una configuración vincular que no aloja lo ajeno, lo distinto...no hay lugar para el pensamiento propio...hay un no saber, no saben que el otro no soy yo.

Qué podemos pensar/hacer

Es notable que a lo largo de todo el relato Ana muestra dificultades en historizar los hechos, aparecen vacíos de contenido, y por momentos todo parece enredarse, confundirse.

¿Cómo acompañar, situarse, habitar el espacio analítico, el "entre" terapeuta- paciente cuando el afecto se encuentra anestesiado? Algo hay que despertar allí.

¿De qué modo habitar y transitar el camino de la historización de vivencias dolorosas junto al paciente?

Considero que el acompañamiento, la escucha que contiene y no cuestiona, favorece el devenir del proceso terapéutico, un camino a transitar al ritmo del paciente.

Un concepto ineludible a la hora de pensar nuestro quehacer como analistas es el de Disponibilidad.

En tanto estoy disponible me encuentro permeable a las intensidades que pugnan por expresarse; el ocaso del dominio da lugar al esplendor de la disponibilidad del analista. Se trata de confiar, de estar despojado para poder recibir, alojar, que se produzca un encuentro. Cuanto hay que hacer o dejar de hacer, suspender, para no quedar sujetos, fascinados oyendo al paciente que nos cuenta que ha sido violentado, castigado.

Dice J. Puget, "Uno de los problemas de los modelos explicativos en las situaciones violentas es que suelen distanciar de una acción modificadora. Ello sobre todo cuando solo conducen a indagar repeticiones, identificaciones, cuestiones de infancia, justificar proyecciones masivas, etc. en la creencia que ello habrá de producir efectos... ¿Cómo conseguir que la concientización del daño causado sea motor para inventar otras maneras de estar con el otro sin repetir una misma conducta: la necesidad de anular al otro en su otredad y de alguna manera anularse a sí mismo en su capacidad vincular?" (Puget, 2005).

La perspectiva vincular es a partir de la cual se edifica el dispositivo de abordaje. Algo a construir con cada paciente, ante cada situación, en su absoluta particularidad. .

Los vínculos son intangibles e irrepresentables.

Vínculo no es homologable a relación dado que refiere a una ligazón entre los yoes y posee característica de configuración.

Solo mirando al vínculo, y no a la relación, es que podemos dar un salto cualitativo. Comprender que la ilusión de unificación, los supuestos sobre el otro...“lo conozco, se lo que piensa o lo que va a decir”, constituyen una ficción generadora de des-ilusión, una des-ilusión que se traduce en violencia. El reproche nace de la afirmación “No sos lo que quiero” algo que en el peor de los casos lleva a una absoluta objetalización del otro.

Un vínculo violento se determina y construye a partir de un sujeto que ejerce un poder indiscriminado sobre otro sujeto que es tomado como objeto. El violentado es reducido y desconocido por el violentador.

El otro es otro, ajeno, distinto, pero lo necesito para ser, existir.

¿Qué debemos interpretar como signos de alerta?

Tomando la distinción que hace Piera Aulagnier entre violencia mortífera y violencia necesaria y pensando en la discriminación posible entre violencia física y violencia emocional...me pregunto y nos pregunto si en este caso como en muchos otros la ausencia de marcas físicas, golpes, maltratos al cuerpo real son señal suficiente para no darle el estatuto de urgente, de señal de alarma a esta clase de hechos.

Visibilidad, violencia y contexto

Indefectiblemente cada era, momento socio-histórico, marca sus correspondientes y particulares formas de subjetividad y delimita marcos regulatorios (valores, creencias, afirmaciones), “que está bien y que está mal”.

El desvanecimiento de “puntos subjetivos” (Lewkovicz, 2003) que eran inamovibles, incuestionables, abre paso a una atmosfera de incertidumbre y caída de las certezas. Esto conlleva al surgimiento de vivencias de vacío, situaciones de caos y circulación de violencia en diferentes niveles: familiar, social, internacional.

El poder circula tanto en el ámbito social como en el familiar.

Berenstein plantea que “las acciones y la experiencia emocional que se constituyen en una relación de imposición entre un sujeto y otro u otros, lleva a una modificación del cuerpo y la subjetividad” (2001), un vínculo que se funda entre un individuo que impone y otro al cual se le impone.

“Asentado en la existencia de vínculos asimétricos en la familia, un modelo sería la relación madre-hijo. La madre, o quien ocupe ese lugar, supone un “saber hacer” y detenta el

derecho a imponer al hijo determinadas significaciones a través de su accionar. Acá poder funcionar como verbo. La madre, el padre, pueden dejar su marca en el hijo, así como este puede responder desde su singularidad.” (Abelleira, 2006).

A modo de cierre, que no pretende más que abrir, comparto una imagen del film “Intensamente”. Resulta que hay un cuartel general que constituye el centro de control de las emociones que nos guían. Allí habitan las cinco emociones básicas, tristeza, alegría, furia, desagrado y temor. Cada una de ellas humanizadas en simpáticos personajes que se encargan de comandar y regular, desde el interior, las reacciones de la protagonista. Cada emoción matiza a la otra, nunca actúan en estado puro.

Me pregunto si al evocar lo sucedido, Ana penetra en su cuartel general y sacude emociones adormecidas, acalladas, consigue sentir lo que no había sentido. Algo del espacio que habitamos la hace confiar. Una pregunta la interpela, la conmueve, la conduce a ese lugar y la habilita a hablar.

Somos testigos de las múltiples caras de la violencia y del carácter discontinuo de los vínculos.

Somos errantes, caminantes en las arenas movedizas que la realidad vincular nos impone.

Bibliografía

- Abelleira, H. (2006). “Divorcio y violencia en los vínculos familiares” en “Subjetividad y procesos cognitivos”.
- Aulagnier, P. (1977). “La violencia de la interpretación”, Buenos Aires, Amorrortu.
- Berenstein, I. (2001).” El sujeto y el otro”, Buenos Aires, Paidós.
- Lewkowicz, I. (2003). “Del fragmento a la situación”, Buenos Aires, Altamira.
- Nasio, D. (2007). “El dolor de amar”, Buenos Aires, Gedisa.
- Puget, J. (2007). “Cada vez nos conocemos menos”. Panel de pareja de FEPAL “Perspectivas psicoanalíticas sobre los vínculos de familia y pareja”, Buenos Aires, APdebA.
- Puget, J. (2005).” Violencias en pareja y familia. Función testimonio, estado de amenaza, crueldad”. En Actualidad Psicológica, 328. Buenos Aires.
- Puget, J. (.2015). “Subjetivación discontinua y psicoanálisis. Incertidumbre y certezas”. Buenos Aires, Lugar Editorial.